



AEROPUERTO DE BARCELONA EL PRAT
MADRUGADA

Pocas veces me he sentido tan puteado. Y, aunque no soy de los que acostumbran a guardar resentimiento por casi todo y he olvidado los detalles, debo decir que en esta vida me han puteado mucho y a conciencia.

Me he apeado de un avión con más de dos horas de retraso sobre el horario previsto y pasada largamente la medianoche. He esperado, sin éxito y aun así sin inmutarme durante más de tres cuartos de hora, la aparición de mi maleta en la cinta giratoria. Aguardar pacientemente frente a un agujero que escupe maletas, mochilas y cochecitos de bebé forrados de plástico tal y como me han ido las cosas, es fruto de mi buena disposición habitual. De mi buena disposición y de una especie de indiferencia generalizada que, a decir verdad, empieza a preocuparme. Otros se preocuparon mucho antes.

Cincuenta minutos comprobando cómo recuperaban sus pertenencias los pasajeros con los que acababa de compartir el aparato, cómo superaban con alivio las puertas automáticas y cómo se perdían entre los que les aguardaban más allá. Parientes, amigos, guías, acompañantes de pago... Todos, uno detrás de otro, han recogido sus bártulos y han enfilado la salida. Todos menos ella, la mujer que se ha sentado justo delante de mí y ha pasado el viaje con la mirada perdida en el cielo nocturno. La mujer cuyo rostro me resultaba familiar y que me ha parecido la persona más triste de este mundo.

Quizá no haya facturado.

Ha discurrido casi una hora mientras veía pasar decenas de veces una maleta granate con las cantoneras en negro. Una maleta no muy grande y casi nueva, una de las primeras que han sido arrojadas a la cinta y que ha seguido

pasando y volviendo a pasar frente a mí como si, obstinada y cargada de resignación, recorriera una órbita celeste. Una órbita irregular, caprichosa y repleta de obstáculos.

Mi padre hubiera dicho de la maleta que es rojo Burdeos virando a rojo carruaje. Y no es que mi progenitor fuera pintor, marchante o un entendido en artes plásticas, nada más lejos, la realidad es otra. Trabajó desde su juventud hasta su tardía jubilación en una droguería que era también almacén de pinturas. Se jactaba de hablar con propiedad cromática. ¡Propiedad cromática! Era especialista en pinturas para interior y exterior, en pinturas plásticas, en esmaltes, en barnices... Un virtuoso del color, las propiedades y la textura de cada producto que casi podía recitar el Pantone de memoria. De hecho lo intentaba cada vez que uno de sus hijos se quedaba quieto el tiempo suficiente. Y yo siempre fui un niño muy tranquilo.

También mi padre, como los esquimales, tenía más de dieciséis denominaciones para el color blanco y distinguía matices invisibles para la inmensa mayoría de la humanidad. De él he heredado la condenada manía de asignarle un color exacto a cada cosa. Su precisión en la materia ha llegado a convertirse en una obsesión para mí. Experto en gamas, gradaciones, tonalidades... ¡Propiedad cromática! Otros heredan tierras, fortunas, complexiones atléticas, calvicies, propensión al sobrepeso... Yo, a falta de otras opciones más provechosas, me quedé con su manía, la condenada propiedad cromática. Raúl, mi hermano mayor, recibió su perseverancia, su capacidad de sacrificio y la afición al fútbol en todas sus manifestaciones. Incluido el fútbolín y, desde luego, el fútbol-sala.

En fin, intentaré no divagar, me he hartado de ver pasar mil veces una maleta cuyo propietario, que presuntamente viajaba en mi vuelo, no se ha molestado en recoger. Un olvido, quizá. Una urgencia, una premura que no tiene espera. Quizá simplemente un descuido.

Han pasado parsimoniosamente los minutos, casi una hora. El pasaje se ha retirado en su totalidad y me he que-

dado solo aguardando mi equipaje junto a la cinta. No he avistado empleados a mi alcance a los que poder preguntar. Solo la maleta granate que, acabado el recorrido, desaparecía durante unos instantes de la vista cuando se internaba en la zona de descarga, para volver a salir con un leve brinco perceptible en el vibrar de las cantoneras.

He tenido tiempo de pensar en muchas cosas y de maldecir algunas otras. He recordado el rostro de la mujer afligida que creo haber visto en alguna otra ocasión, su gesto de desconuelo y su mirar sin ver nada ni a nadie. Dado el hastío y la falta de otros estímulos he recordado momentos pasados, y no especialmente felices, a bordo del tren de la bruja cuyo trayecto, como el de la maleta, también era elíptico. Un individuo con una peluca negra y greñuda y un pañuelo de colores en la cabeza se escondía en el diminuto túnel para asestarnos escobazos mientras hacia malabares con una escobilla corta y mugrienta. Todavía puedo recordar a la perfección los colores de aquel pañuelo y con ellos, sus nombres. ¡Maldita sea la puta propiedad cromática! Si le arrebatabas la escoba obtenías un viaje gratis. No lo hice nunca. Siempre sentía una imperiosa necesidad de bajar de allí, de apearme de un salto y de perder de vista a la intimidante y harapienta bruja de sexo confuso, melena oscura, y todavía más confusa, y pies sucios. Verdadera prisa por desaparecer y cierto asco hacia el hombre disfrazado y su escoba de mango corto. Tampoco bajé nunca de aquel tren enloquecido.

Dicen de mí los que me conocen que no tengo espíritu competitivo, que todo me da igual. He llegado a creer que no andan equivocados. Raúl, mi hermano mayor, el mismo que me ha llamado ya tres veces para recordarme que lleva más de dos horas esperándome fuera, mal estacionado en la zona de llegadas y dentro del coche por no pagar el aparcamiento; se erguía en el asiento, plantaba cara a la repugnante bruja y, si podía, se apoderaba del escobón y devolvía los golpes. El mismo chico valeroso que se alegraba de poder volver a embarcarse completamente gratis en

los destartalados vagones del tren de la bruja. Siempre le admiré por ello.

Todavía hoy le admiro, y no poco.

He llegado a obsesionarme con la puta maleta granate que ni llegaba ni acababa de llegar, ni se detenía ni parecía pertenecer a nadie. Me he ofuscado hasta olvidar porqué estoy de pie junto a una cinta transportadora. Y así he permanecido, ensimismado, siguiendo con la vista la trayectoria carente de misterio de una maleta arrastrada por la cinta en una terminal desoladamente desierta.

Mi maleta gris ha aparecido por fin cuando empezaba ya a desesperar. La han arrojado sin miramientos por el agujero de descarga y ha caído primero de canto para asentarse después, pesadamente, sobre su superficie mayor. Ha quedado a un par de metros de la otra. Un planeta y su satélite.

Cuando las he visto casi juntas, reunidas por el mero capricho de un estibador aeroportuario y en vista de que era el único ser humano en muchos metros a la redonda, he alargado ambas manos. No lo había pensado antes, tampoco lo he pensado entonces, cuando he estirado los brazos.

Ha pasado.

He sujetado las asas de ambas maletas y he tirado de ellas con una resolución casi impostada. No soy persona de grandes determinaciones. Ni de pequeñas. De hecho, raramente tomo decisiones. Falto de criterio y de iniciativa, acostumbro a esperar que la vida decida por mí.

Es la primera vez que me apodero de algo que no es mío, por lo menos de algo de cierto valor. No sé muy bien por qué lo he hecho ni qué esperaba conseguir. Quizás haya influido significativamente la total garantía de impunidad. También el hecho de que la suerte no acostumbra a acompañarme casi nunca y tampoco me ha sido favorable durante mi reciente estancia en Roma, que ha resultado un verdadero desastre. Un fiasco. Pero sobre todo ha jugado un papel determinante el hecho de que apenas me

quedan un par de billetes de cincuenta euros para pasar el resto de mi vida. Y, aunque soy indiferente a casi todo y planificar el futuro no es una de mis obsesiones, tampoco pienso morir mañana.

¿Deseos de vengarme de un destino adverso? ¿Destino? ¿Adverso? ¿Revancha? ¿La tentación de lo ajeno? ¿Apuros económicos inminentes? Mil explicaciones y ninguna. No lo sé. ¿Qué importa? Todo y nada. Y quizás alguna cosa más que no me viene a la cabeza. ¿Qué más da? No acostumbro a dar muchas vueltas a las cosas, nunca más de las estrictamente necesarias. La introspección, como tantas otras cosas de las que hablan algunos y en las que confían ciegamente, me parece una verdadera memez, un incor-dio. Cavilaciones, las mínimas.

Y a lo hecho...

He atravesado las puertas cargando con dos maletas. Los seguratas ni me han mirado. No despierto ni recelos. Tirando de ellas con total autoridad, me he reunido con Raúl. Una de ellas no me pertenece. Solo yo lo sé. A nadie en toda la terminal parece importar-le el detalle.

Mi hermano mayor me ha recibido con un gruñido perceptible a través de la ventanilla abierta y, con idéntico gruñido, ha salido del coche y ha abierto el maletero. No ha hecho preguntas. Prefiere no saber, me consta. Viste una camiseta negro hollín con letras color retama cuyo significado no descifro y luce en su antebrazo un tatuaje azul noche que recuerda a un ángel exterminador. En la muñeca lleva una pulsera azul genciana de las que dicen que ayudan al equilibrio interior, facilitan la relajación, infunden energía y permiten conciliar el sueño. Espero, por mi propio bien y por el suyo, que surta algún efecto. Tengo serias dudas.

—Siento el retraso, Raúl. El avión...

—No ha sido culpa tuya.

—Es que despegó tarde y luego...

—Te he dicho que no necesito explicaciones. —Me interrumpe Raúl con acritud.

—Pero es que yo...

—No quiero tus explicaciones, Alex. ¿Qué voy a hacer con ellas? ¿Eh? —Me increpa—. ¿Qué coño quieres que haga con ellas?

—Lo siento.

—No pasa nada —asegura mirando al frente e incorporándose al flujo de coches que intenta abandonar el aeropuerto—. No ha sido culpa tuya.

Y, aunque intenta quitarle hierro a la situación, sus palabras me sentencian. Todo lo demás, el resto de mis muchos errores cometidos, sí lo han sido. *Mea culpa*. Así lo interpreto yo.

No añado nada más, aunque es obvio que está irritado. Y cansado, seguro que está cansado. Su jornada laboral es larga y dura. Resopla. No insisto en disculparme. No lo conseguiría. El coche huele a tabaco y el cenicero rebosa colillas de Ducados. Las leyes carecen de jurisdicción en el interior de su Ford Focus gris basalto. Raúl nunca ha fumado otra marca. En la radio un par de locutores repasan, de común acuerdo y entre chanzas, la jornada futbolística entre una cuña publicitaria y la siguiente.

Mi hermano no pierde ripio. Yo no entiendo ni la mitad de lo que dicen. No pregunto. Para aliviar la tensión, comento:

—Este año tira bien —digo en referencia a los inmejorables resultados de su equipo.

Raúl asiente sin abrir la boca. Es evidente, incluso para mí, que no tiene ganas de hablar. O lo que es peor, que no tiene ganas de hablar conmigo. Me resigno y el viaje transcurre en silencio.

Mi hermano sigue llevando las patillas anchas y largas, a lo chuleta de cordero, a lo bandolero montaraz. También su voz recuerda a la de un forajido aunque nunca en su vida haya cometido delito alguno. Voz de tabaco negro y carajillo a media mañana para sacar las horas adelante. Y no es de extrañar. Se pasa los días enteros subido a un andamio y las noches bien amarrado a la cintura de Rosa, su

mujer. Su apariencia de hombre duro, de asesino potencial, es solo eso, mera apariencia. Una pose, una defensa. Cada uno se atrinchera como puede.

Aparca el Ford en un descampado a dos manzanas de su casa en la Avinguda del Carrilet, muy cerca de un campo de fútbol de tierra y a cuatro pasos de la vía subterránea del tren. La Avinguda del Carrilet es una vía muy ancha que separa el casco urbano de L'Hospitalet de la zona industrial de la ciudad que se halla, como tantas, en mani-fiesto y tristísimo declive. Ni barriada ni polígono.

Algunas de las naves han sido reconvertidas en restaurantes *low cost* para grupos *low cost*, en discotecas o en gimnasios. Tierra de todos y de nadie. Igual puedes cruzarte con la mujer que empuja el carrito de un bebé y aguarda para atravesar una calle que con un camión de larguísimo recorrido cuyo conductor espera encendiendo un pitillo a que cambie el semáforo. Y si hay suerte esta noche no le pincharán los neumáticos, no le quebrarán los cristales a pedradas ni le arrancarán de cuajo el retrovisor los jóvenes que salen, colgados y con ganas de brega, de los *afters*.

Encajados entre una nave y la siguiente, poliedros regulares de hormigón, sin ventanas ni respiraderos a la vista; los *after hours*. Microclima propio y ambiente singular, los *afters* son un negocio floreciente. Cercados para jóvenes crías humanas en los que casi todo está permitido. En sus alrededores los padres esperan en el interior de sus coches a que sus cachorros regresen borrachos, pero ilesos a Dios gracias. Los conflictos de madrugada son el pan de cada día.

Los ingresos de Raúl no dan para aparcamiento y hay que buscarse la vida. Raúl y Rosa todavía andan saldando la hipoteca de un sexto piso de tercera mano en un bloque alto y sin gracia ninguna. El sueldo de un albañil no es como para tirar cohetes, tampoco sus perspectivas de mejora ni sus posibilidades de promoción. Hay meses que se las ven y se las desean para llegar a todas partes y andan siempre con el miedo a que con la puta crisis Raúl acabe

por perder el empleo. Muchos otros, ni mejores ni peores que mi hermano, están ya en el paro y agotando la duración del subsidio. Un infierno.

Raúl coge mi maleta, la de verdad, la de siempre, y yo tiro de la que ha empezado ya a pertenecerme. Piensa en sus cosas, que poco o nada tienen que ver con las mías, y echa a andar en dirección al portal. Saca las llaves del bolsillo de sus tejanos y las hace sonar antes de abrir como hizo siempre desde que tuvo uso de razón y llaves de casa. Mientras me franquea la puerta del edificio Raúl reúne fuerzas y suelta lo que intenta decirme desde que subí al coche.

—Álex, dos semanas como mucho. Ni un día más.

Tiene la vista baja. Preferiría no hacerlo. No me mira. No da más explicaciones. No las necesito. Cree que me está fallando, que hay cosas que no se le hacen a un hermano, pero no es así. A estas alturas debería saberlo. Él no falla nunca. A nadie. Ese es su problema. Mi hermano mayor es un hombre de una pieza y hace lo posible por no fallarle a nadie. Ni a Rosa, ni a sus dos hijos, ni a mamá que hace años que no nos reconoce, ni a mí que solo le he traído disgustos.

Una bombilla en las últimas ilumina nuestro desamparo. Siento que tengo que decir algo y lo hago.

—Lo sé, lo sé, Raúl, no te preocupes. Me saldrá alguna cosa. Lo que sea. Además está Samuel. Ya sabes que siempre puedo...

Raúl me da la espalda. Yo le sigo hasta el ascensor tirando de una maleta granate que no es mía. En el estrecho cubículo que nos acerca a la azotea y que algún demente decidió pintar de color bilis, resulta difícil no mirarse a la cara, no sonreír, no buscar cuatro palabras que salven el vacío para olvidarnos de que está allí. De que siempre está allí, como un barranco en el que naufragan los vínculos de sangre. Como un feroz despeñadero.

—Dos semanas máximo. —Le prometo al espejo del ascensor en el que intento no mirarme.

Antes era mi madre, ahora es Lucía, mi sobrina, la que al reconocer el sonido del manajo de llaves se apresura casi siempre a abrir antes de que él pueda hacerlo. Lo he visto otras veces. La niña echa a correr y abre cuando las llaves de Raúl todavía están encajadas en la puerta. Mi hermano protesta y la riñe. La persigue pasillo adelante y Lucía corre y ríe como solo los niños pueden reír. No es así esta vez. Antes de abrir la puerta de su piso Raúl aproxima un dedo a los labios y sisea. Me indica que no debo hacer ruido. Rosa y los niños hace horas que duermen. Entiendo. Ningún ruido. Y aunque tengo tanta hambre que serán mis tripas las que acaben por alertar a los durmientes, comprendo que me acostaré sin llevarme nada a la boca. Tampoco será la primera vez, pienso. Y me resigno, como siempre.

Soy un virtuoso del buen conformar. Si me paro a pensar también eso forma parte de la herencia paterna recibida. Mi padre, un buen hombre, no protestaba nunca.

Raúl me indica una puerta, sé lo que hay detrás. Una habitación diminuta del tamaño de una colcha de matrimonio y llena de trastos apilados. Una alcoba que será, en un futuro muy próximo, la habitación de mi sobrino menor, Héctor Bernal, cuando abandone la cuna que ocupa junto a la cama de sus padres. El piso de tres habitaciones no da para más. Si mal no recuerdo la habitación de Lucía tampoco es mucho mayor.

Raúl me tiende un par de llaves sujetas mediante un llavero cortesía de una entidad bancaria. No habla. No es necesario. Las conozco. No es la primera vez. Probablemente tampoco será la última. Ambos lo sabemos. La llave dorada abre el portal y la más grande y con agujeritos apenas insinuados es la de una puerta mal blindada, la del piso de la familia, el sexto tercera.

Mi hermano abre muy despacio la puerta de su habitación y advierto luz en el interior. Rosa ha esperado despierta. No me sorprende. Siempre lo hace. Cuchichean entre las sábanas durante unos minutos. Después se hace

el silencio y apenas me atrevo a moverme. Imagino a Raúl rodeando con su brazo tatuado la cintura de Rosa. El ángel exterminador en torno a su cintura de madre joven.

Me tiendo como puedo en una cama sin cabezal arriada a la pared y rodeada de bultos de todas las formas y tamaños. Sombrillas de playa, bolsas de deporte, cajas de cartón cuyo contenido ha anotado Rosa en un lateral con su letra pulcra y redondeada, algún juguete roto o incompleto, una pila de libros, otra de mantas cubiertas por un plástico... Objetos que la gente acumula a lo largo de una vida y de los que yo casi carezco a pesar de haber cumplido ya los treinta y tantos. Bien mirado no poseo más que lo que acarreo en la maleta y un par de cajas que le endosé a Samuel, mi único amigo, poco antes de marcharme.

Y tampoco eso es del todo cierto.

Poseo también, dado que no hay en las proximidades propietario que me lo dispute, el contenido de la maleta color granate. Tengo ganas de saber qué es lo que contiene. No encuentro en mi interior una inquietud más intensa a excepción del hambre que me roe las entrañas. Soy hombre de sentimientos vagos, sentimientos que se difuminan y se pierden en cuestión de minutos. Quizá debería preocuparme, pero no lo hago. Nunca lo hago.

Hace muchos, muchos años, décadas, en otra vida, la maestra informó a mi madre de que su hijo menor, es decir, yo, era una criatura profundamente abúlica. Un niño indolente, apático, indiferente, perezoso y carente de voluntad. Tardé años en comprender qué significaba la palabra que la señorita Magdalena repitió en varias ocasiones para referirse a mí y que mi madre reportó a mi padre: abúlico. Mi padre se conformó y aceptó sus apreciaciones sin demasiado disgusto. No había reparado en ello, tampoco había observado el menor problema en mi actitud tan parecida a la suya.

—El chico tiene buen trato, mujer, es de buena pasta. Tranquilo, eso sí, pero no quiere decir nada —opinaba en voz alta para convencer a mi madre—. ¿O preferirías que

se metiera en líos continuamente como hacen otros? Es un buen chico, ¿no? —dicho lo cual, y ante la falta de argumentos por parte de mi madre, regresaba la mirada al televisor y recuperaba la paz que constituía su mayor afán en esta vida.

Falto de voluntad y totalmente carente de entusiasmo, ese soy yo.

—Sospecho que podría hacer más de lo que hace, que podría dar mucho más de sí, pero... —Repetían las maestras en cada ocasión—. Es como si no quisiera, como si todo le diera igual. Hacer hace bien poco, pero le das un libro y ya no hay criatura.

A menudo subrayaban sus palabras con un elevar los hombros al cielo en un gesto universal de impotencia.

Dar más de sí... Curiosa expresión. Hay quien lo da todo, como Raúl, y tampoco es que las cosas le vayan muy bien.

Cierro los ojos, aparto los recuerdos e intento olvidar la maleta que podría contener un tesoro. Lo consigo. La olvido durante unos instantes. Desde muy pequeño he sabido controlar mis emociones sin demasiada dificultad. Me libro de ellas con una facilidad pasmosa. De todas, de la primera a la última. O bien carezco de ellas y solo conozco meros simulacros de emoción. En ese extremo prefiero no pensar. Y no lo hago.

La maleta podría cobijar la salvación, mi salvación económica presente en forma de algo de dinero, de joyas de cierto valor, de un portátil con el que poder hacer algún negocio... Resulta obvio, incluso para mí, que no puedo hacer saltar a golpes el diminuto candado que la asegura. No esta noche. Si lo hago, si me arranco a golpear de madrugada, Rosa me pone en la calle con mis dos maletas o sin ellas antes de que consiga darme cuenta y sin que Raúl haya tenido tiempo de pronunciarse al respecto. Mi cuñada me tiene ganas, y no se lo reprocho. Uno debería poder casarse con la persona elegida, no con su familia, y menos todavía si algunos de sus miembros, en este caso

yo, se convierte temporalmente y con cierta frecuencia en un mero parásito. Y es que a perro flaco...

Dejo de pensar en ella, cierro los ojos y me concentro en la parte interior de mis párpados. Las lucecitas que distingo a modo de espectáculo pirotécnico, me distraen. Olvido, pero no duermo.

Cada movimiento que hago, si me giro, si doblo una pierna o levanto un brazo para rascarme, origina las protestas de un somier endeble y profundamente hollado en el centro. Es como descansar en el fondo de una madriguera. Abro los ojos y miro al techo. No tengo sueño, todavía no. A través de las lamas de la persiana entra algo de luz de alguna cocina, todas ellas dan al patio de luces, en la que aún trastea algún insomne.

Si estuviéramos muertos no haríamos menos ruido.

Puesto a pensar en lo peor espero que la maleta pertenezca a un hombre, siempre resultará más fácil que algo de lo que contiene me pueda ser de utilidad. Pero se impone esperar y no devanarse la sesera. No hay más remedio a mano ni queda más cera de la que arde.

Cavilaciones, las justas.

Ni una más.

Instantes antes de dormir recuerdo el semblante de la mujer de ojos enrojecidos y ojeras como oscuras medias lunas que me precedía en la fila para embarcar y que caminaba lentamente pasillo del avión adelante.

No consigo recordar de quién se trata ni cuándo ni cómo la conocí.

·II·

Según el reloj de saetas reflectantes regalo de mi padre cuando, ya jubilado, dejó de interesarse por la hora, son las siete de la mañana. En casa de Raúl mi sobrino Héctor protesta y Rosa murmura palabras cariñosas. El hambre sigue instalada en mis tripas mientras alguien entra y sale del lavabo que está junto a la habitación en la que intento seguir durmiendo. Alguien que anda descalzo y pisa con energía, probablemente mi hermano. A través del tabique que nos separa puedo oír el agua de la ducha como si el chorro estuviera a punto de caerme encima. Un desagradable escalofrío culebrea entre mis omoplatos. De hecho la pared es tan inconsistente que casi consigo percibir el ruido de la barba al ceder bajo la doble cuchilla de la maquinilla desechable. Resulta difícil seguir durmiendo. Renuncio.

Una línea de luz bajo la puerta me confirma que ha amanecido.

También Rosa se ha levantado y deambula por la casa sin dejar de hablar en susurros, entiendo que lleva a Héctor a cuestras y que lo arrulla mientras le prepara un biberón. Tiene la voz dulce y tampoco ella se ha calzado. Puedo oler el café recién hecho y resisto las ganas de levantarme, servirme una taza y pillar alguna galleta. Donde hay niños hay galletas. Es ley de vida. Mi hermano y su mujer hablan en voz baja. Rosa trajina en la cocina, él entra y sale del baño. No me muevo aunque sé que no volveré a dormir. Prefiero no incomodar. Ya habrá tiempo. Siempre lo hay. Soy una presencia profundamente incómoda, el colgado, el cuñado sin oficio ni beneficio que cada cierto tiempo aterriza esperando una cama y un plato en la mesa.

En la cocina un beso salta de los labios de ella a la mejilla recién afeitada de Raúl que asoma la cabeza. El beso salva prodigiosamente el espacio, es una bengala lanzada en mitad de la noche más oscura. Poco más que un leve y

familiar chasquear de labios que a Raúl le ilumina algo un día que barrunta más bien sombrío.

—Buenos días, cariño. —Es la voz de mi hermano—. Ten paciencia con él. No estará muchos días.

Entiendo que se refiere a mí.

—Ya —responde Rosa y en su monosílabo un sinfín de matices y ninguno bueno—. Solo espero que se espabile y no ande todo el día por aquí. Todo esto ya pasa de castaño oscuro, Raúl.

—Lo sé, ya lo hemos hablado. Solo serán unos días.

En un piso así no hay intimidación ni secreto alguno para nadie.

Unos minutos más tarde Rosa acompaña a mi hermano hasta la puerta. Acabo de moverme con alboroto de muebles y no oigo el beso de despedida, pero sé que lo hay. Mi hermano no puede salir sin un beso. Nunca deja heridas abiertas, no sabe; también por eso le envidio. Mi cuñada vuelve a la habitación y deja a Héctor en su cuna. Canturrea quizá para que el crío vuelva a dormir. Héctor gruñe.

Pasados unos minutos en la habitación de Lucía suena el despertador, es la sintonía de una canción infantil. No recuerdo cuál, tampoco me importa. Nunca me gustó cantar. Me pongo en pie poco después y salgo al pasillo. Rosa, ya vestida con unos pantalones negros y una camiseta roja ponsetia, le repite a Lucía que debe levantarse y pasar a la ducha. Yo, anclado en mitad de un corredor estrecho y corto, saludo. Levanto una mano como un apache, como si me hallara a mucha distancia aunque casi podría rozar a mi cuñada con solo alargar un brazo. Me siento ridículo.

Lo soy.

—Buenos días.

Rosa me mira durante unos segundos, muy pocos y acaba por devolver el saludo.

—Buenos días, Alejandro. ¿Has dormido bien?

—Sí, bien, todo bien. —Miento.

Ya me ha visto antes, muchas veces. No hay secretos. Siempre me llama Alejandro, solo ella lo hace. Es su ma-

nera de poner las cosas en su sitio, de crear distancia, de volar los pocos puentes que han sobrevivido a los muchos años y a las infinitas decepciones. Llevo el mismo pantalón de pijama que usaba la primera vez que me alojé en su casa, las mismas greñas en desorden y las mismas gafas de miope moderado. Mes y medio de coexistencia más o menos pacífica que acabó cuando conseguí un empleo en un hospital y un alojamiento en casa de Samuel, el bendito.

—Hay café en la cocina —señala mientras azuza a la niña que remolonea sin decidirse a salir de entre las sábanas—. Va, Lucía, todavía tengo que vestir a Héctor antes de acompañarte. Tienes la ropa en el baño. Espabila.

Me sirvo una taza de café que sorbo de pie junto al fregadero por no molestar. No hay galletas a la vista y no me atrevo a preguntar. La niña, que no estaba informada de mi presencia, me mira perpleja desde el umbral de la cocina y, sin remilgos, pregunta:

—¿Qué haces aquí?

Tiene cara de sueño y el cabello enmarañado. Lleva un pijama blanco con flores de un amarillo apagado. Es una cría guapa, muy guapa. Afortunadamente para ella se parece mucho a Rosa. Los mismos ojos claros, la misma frente despejada y la misma nariz levemente achatada. Con patillas oscuras en boca de hacha perdería mucho.

—Acabo de llegar de viaje y voy a quedarme unos días. Dos semanas como mucho. —Añado oportunamente para que mi cuñada sepa que Raúl ha cumplido y que conozco las condiciones. Intento no mentir aunque no sé si podré cumplir mi compromiso. Siempre queda Samuel.

Rosa se acerca con Héctor a horcajadas sobre su cadera, creo que le gusta saber que tengo las cosas claras aunque no parece complacida en absoluto.

—Dale un beso, Lucía —le indica a la niña y en su tono hay contrariedad.

Lucía obedece, tiene un temperamento dócil y sabe cuándo no conviene llevar la contraria. Se acerca y roza mi mejilla con sus labios. Yo la abrazo con fuerza y ella se

sobresalta. Jugamos. Es una niña de risa fácil y casi todo la divierte.

—¿Sabes que eres mi sobrina preferida? ¿Lo sabes?

—No me tomes el pelo, tío Alex. Siempre dices lo mismo y ya sé que no tienes ninguna más, me lo ha dicho papá.

—Replica.

—Va Lucía, no te entretengas que llegaremos tarde y lo tienes todo por hacer. Rosa apremia y aprovecha para alejarla de mí. No conviene que me coja afecto.

La niña obedece y se pierde tras la puerta del baño.

—Cada día está más guapa —comento por resultar agradable. No lo consigo. Rosa asiente, no puede hacer otra cosa, no me llevará la contraria, es una evidencia. Con un suspiro se sienta junto a la mesa de la cocina con Héctor a cuestas e intenta acabar una taza de café que dejó a medias. Hace una mueca de disgusto, el café se ha enfriado.

No pregunta. Tampoco ella quiere conocer los detalles de mi desafortunada estancia en Roma y es una verdadera lástima que yo no consiga olvidarlos por completo. Por fortuna, y en mi caso, olvidar es cuestión de tiempo. Unos días y mi viaje a Roma quedará sepultado por vivencias más recientes y no necesariamente más intensas ni venturosas. No soy de los que escarban en la memoria ni de los que se regodean en el infortunio. Y mucho menos si el infortunio en cuestión le atañe directamente.

Me gustaría poder asegurarle que no pretendo ser una carga para ellos, pero carezco de credibilidad y lo sé. A lo largo de mi vida Rosa y Raúl me han prestado dinero, me han alojado, me han aconsejado tan bien como han podido e incluso se han ocupado de mí durante un postoperatorio con rehabilitación. A falta de algo mejor que hacer, o más útil, me ofrezco a acompañar a Lucía al colegio.

—No me cuesta nada. Así tú no tienes que andar con tantas prisas y no has de sacar a Héctor tan temprano. De paso compraré el periódico y miraré si encuentro algo.

Rosa me mira por primera vez. Lo hace con los ojos levemente cerrados, como si intentara resolver un sudoku

master class. No improvisa. Parece intrigada por mi ofrecimiento y enojada por mi presencia, pero no triste como la mujer del avión cuyo semblante devastado acaba de volver a mi memoria. Rosa tarda unos segundos en aceptar mi proposición, los mismos que tarda en evaluar los riesgos reales y los ficticios y ponderar las ventajas. El colegio está cerca y su cuñado, es decir, menda, es un inútil total, un bueno para nada, eso es un hecho; pero no es un descrebrado ni un asesino en serie.

Rosa, mi cuñada, es una mujer menuda de pelo largo y claro color avellana y preciosos ojos azul Caribe. Casi una rareza. El tiempo y los embarazos han ensanchado su cintura y sus caderas, han acentuado sus curvas y han dado profundidad a su escote. Sigue siendo verdaderamente guapa y sospecho que mucho más lista que mi hermano. Tengo mis razones. Raúl sigue loco por ella, por el momento ella le corresponde. Raúl tiene esa suerte.

—Está bien, Alejandro. Me haces un favor.

—No me cuesta nada, te lo aseguro.

Me visto en un instante y espero a que Lucía acabe de desayunar. No me atrevo a acercarme a las galletas. La niña está contenta de que sea yo el que la acompañe al colegio. Cuando nos alejamos del portal me ofrece su mano, no interpreto bien su gesto.

—¡Tío Álex! —Reclama Lucía, que camina disciplinadamente a mi lado. Viste un chándal de un rosa geranio que vira a rojo y que solo recuerdo en algunas buganvillas. La miro. La niña agita la mano en el aire. Me la ofrece.

Tardo en reaccionar. Falta de costumbre. Quizás es la primera vez que camino agarrando la mano de un niño.

—Perdona, es que estaba pensando en otras cosas.

—Sí, hombre... —Replica con una mezcla de incredulidad y sorna. —Mamá siempre dice que tú no piensas. Dice que no has pensado nunca.

—A veces, sí, Lucía. A veces, sí —respondo sin mucho convencimiento dado que, me guste o no, mi pragmática cuñada tampoco anda exenta de razón.

En el camino de vuelta me acerco a un quiosco en el que han instalado un toldo diminuto a modo de visera de un inapropiado color ciclamen. Reconozco al vendedor que no tarda en identificarme como el hermano de Raúl. Compro el diario y me permito un café en el People, la cafetería que frecuento cuando ando por aquí. No puedo dejar de preguntarme durante cuantos días podré pagarme un café. Agito la cabeza levemente y el pensamiento escapa. No tengo ganas de regresar todavía. Con un poco de suerte, cuando vuelva al piso Rosa estará a punto de salir a comprar y a pasear a Héctor. Según tengo entendido, a sus pocos meses, el niño es un adicto al asfalto y solo quiere calle.

Observo que un locutorio ha reemplazado a la mercería de la esquina y un bazar chino al videoclub. En un local que siempre estuvo vacío han inaugurado una carnicería *halal* y a pocos metros de distancia advierto un nuevo negocio dedicado a la compra-venta de oro en los bajos de un bloque de nueva construcción en el que quedan muchos pisos por vender. Casi todos. De hecho, por el aspecto del inmueble, diría que pararon la edificación antes de emprender los acabados. Lástima que no conserve ni el anillo ni la medalla de mi primera comunión, siempre podría conseguir unos euros. Pienso en averiguar dónde paran, quizá mi madre los guarda todavía junto a varias decenas de cosas cuya procedencia ya no recuerda. Si es así podré recuperarlos en mi próxima visita, bastará con rebuscar un poco y cogerlos. No se dará cuenta. Nunca lo hace.

A veces me siento como una alimaña, pero dura poco, unos segundos. Los justos para plantarme en el People y apurar un café mientras repaso los anuncios de empleo y todos y cada uno de los reportajes y columnas de opinión.